

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA DEMOCRACIA CRISTIANA
A DIEZ AÑOS DEL GOLPE MILITAR

Ignacio Walker Prieto
11 de Septiembre de 1983.

I) Nuestro "Estado de Situación"

Una eventual elección o una encuesta a nivel nacional demostrarían seguramente que la D.C. es la principal fuerza política Chilena hoy por hoy. Ello ratificaría una tendencia histórica de predominio D.C. desde 1964 en adelante, demostrando la vigencia de nuestro partido. Por otro lado, de la propia realidad actual se podría desprender una conclusión semejante: ganamos la mayoría de las elecciones libres a nivel sindical, profesional y estudiantil, entre otros; somos reconocidos frecuentemente tanto por el gobierno como por la prensa de derecha como el partido que existe, junto al P.C., con mayor organización y ciertamente con la mayor presencia tanto nacional como internacional; las declaraciones del partido y de sus personeros pesan fuertemente en la opinión pública; somos capaces de una movilización social importante, como lo han demostrado las protestas nacionales; jugamos un papel rector en la oposición y se nos reconoce un rol preponderante en cualquiera salida democrática.

Bajo la crítica situación que el país ha vivido durante el período de la dictadura nuestro partido ha sobrevivido, e incluso durante el último tiempo se ha fortalecido. Nuestros dirigentes y militantes han debido soportar el exilio y la relegación, la cárcel, la tortura y el amedrentamiento. Podría concluirse, por lo tanto, que nuestro "Estado de Situación" es bastante bueno, e incluso privilegiado, si consideramos la dura situación vivida y la realidad de otras fuerzas políticas.

Contrariamente a lo que muchos esperaban o presagiaban al momento del golpe militar, no hemos sufrido una "crisis" profunda. Habrá que preguntarse si eso ha sido bueno o malo desde una perspectiva más a largo plazo, pero la carencia de esa crisis profunda es real. Distinta es la situación de la izquierda, por ejemplo, que ha vivido y vive una crisis violenta. Primero, por la forma en que fué víctima de una represión brutal, que la afectó de manera especial, y segundo, por una crisis política interna que ha tendido a atomizar sus fuerzas políticas, sacudiendo sus estructuras partidarias y resintiéndole sus postulados políticos e ideológicos. No obstante, esta "crisis" de la izquierda -como alguien lo dijera- es señal de que la izquierda vive, y ha provocado un proceso de renovación interna que se perfila sustancialmente en una dirección de "socialismo democrático", que beneficia a la demo-

cracia Chilena y ciertamente a la propia izquierda. De tal manera que cierta crisis no debe interpretarse como signo de abatimiento, sino por el contrario, de fortalecimiento. ¿Hubiese sido deseable para la D.C. una cierta crisis que la remeciera y urgiera a la renovación, con algunos costos iniciales pero con grandes beneficios a largo plazo? ¿Está pendiente esa crisis? Volveremos sobre ello más adelante.

La preocupación siguiente es si este "Estado de Situación" aparentemente favorable y la ausencia de cierta crisis, debe hacernos sentir satisfechos o si, por el contrario, debemos urgar en raíces más profundas e inquietarnos. Estimamos que, en buena medida, esta situación arroja un saldo favorable sólo en el corto plazo y que sólo en apariencia nuestro "Estado de Situación" es tan positivo. Pensamos que hay aspectos sustanciales que tendemos a ignorar y postergar, y que su ignorancia y postergación pueden, en el mediano y largo plazos, y de la noche a la mañana, resentir fuertemente a nuestro partido.

Sin embargo, pensamos que nuestro partido tiene plena vigencia y que sólo enfrentando lo que se ignora y posterga puede esa vigencia tener proyecciones futuras. Sin ser "alarmistas" o "futuristas", es a esa situación a la que queremos dedicar algunas reflexiones, con el objeto de abrir un debate impostergable que quede, desde el seno de nuestra colectividad, con generosidad de espíritus y altura de miras, sobreponiéndonos a la contingencia, enfrentar el problema de nuestra vigencia e identidad, política e histórica, con el objeto de renovar nuestro compromiso con la democracia, ofreciendo a Chile un proyecto de inspiración humanista y cristiana, basado en los ideales de libertad, justicia, paz y solidaridad.

II) Indigencia utópica y necesidad de renovación

Si miramos hacia la historia, nos damos cuenta de que la mayoría de los procesos y transformaciones que las sociedades han experimentado, se han visto impulsados por grandes ideas orientadoras de dichos cambios. Aquellos pensadores originales que han influido decisivamente en esas transformaciones, han quedado para la posteridad como signos elocuentes de cómo se anticiparon a su tiempo, influyendo en el destino del hombre. En la historia moderna, las corrientes filosóficas que han influido mayormente en el destino de la humanidad confirman esta realidad: las ideas del iluminismo y de pensadores tan originales como Locke y Smith serán decisivas para el ideario liberal; por otro lado, tanto para Marx como para Lenin no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria. En fin, ya mucho antes San Juan Había destacado la fuerza de las ideas: "Al principio era el Verbo y el Verbo se hizo Carne".

Nuestro acervo político, ideológico y cultural es tributario de una rica tradición que se nutre del pensamiento Aritotélico-Tomista, del neo-Tomismo (Maritain y otros), que se impregna del pensamiento Cristiano -desde el Evangelio hasta el Magisterio de la Iglesia- y que reconoce en los grandes humanistas de todos los tiempos una fuente permanente de vitalidad ética y espiritual. Es justamente en la fuerza de nuestras ideas y en la vigencia de nuestro pensamiento humanista y Cristiano, en donde debemos encontrar el antecedente fundamental de nuestra presencia activa en la política Chilena desde los años '30 en adelante. Sólo las ideas permanecen. Muchos de nuestros grandes líderes ya no están con nosotros; hemos dejado de ser gobierno; hemos experimentado divisiones internas; hemos sufrido los embates de la dictadura militar, y sin embargo, por la vigencia de nuestro pensamiento, aún somos alternativa para Chile y debemos seguir siéndolo.

Esta descripción, que pareciera ser obvia y trivial, no lo es tanto entre nosotros hoy por hoy. En muchos sentidos, saturados de los "ideologismos" que hemos propiciado con extremo dogmatismo, tanto de derechas e izquierdas como de centro, y queriendo superar el carácter excluyente de estos modelos acatados que hemos creído absolutamente incompatibles entre sí, tendemos a rehuir nuestra afinidad con cualquier sistema de ideas. Venimos como de vuelta del "ideologismo" y parecíamos dirigirnos, al "pragmatismo"?

Esto resulta más o menos explicable a raíz de la experiencia política Chilena en nuestra historia reciente, pero debemos medir sus consecuencias. Es cierto que cada uno se ha creído poseedor de la verdad, excluyendo otras verdades, y ha querido plasmar esta verdad total en la realidad relativa de la historia, con absoluta exclusión del otro. Los resultados están a la vista y pareciera que muchos hemos aprendido la lección. De allí nuestra reacción casi visceral y patológica ante "ideologías", "modelos" y "dogmas" que, por llevarlos al extremo excluyente del sectarismo, nos han impedido vivir como miembros de un mismo pueblo y actores de una misma historia.

A ello se ha sumado el hecho de la incorporación cada vez más activa a nuestro partido de técnicos que, desde distintas disciplinas, se han identificado con el ideario D.C., pasando a colaborar activamente en la tarea de conducción política y en el diseño de las grandes líneas partidarias. Esta incorporación de técnicos y profesionales demuestra la amplia capacidad de convocatoria de nuestro partido, que encuentra un gran eco en la intelectualidad Chilena y que debe ser motivo de íntima satisfacción. No obstante, el "tecnocratismo", dentro de cierta tendencia que hemos señalado hacia el "pragmatismo", llevado como tal a la conducción política y al diseño de las grandes líneas partidarias tiende, por la naturaleza de dichas disciplinas llevadas a una esfera más amplia, a jibarizar y muchas veces a vaciar de contenido a nuestra utopía final. Es más, hemos visto cómo tantos de esos técnicos, por indigencia utópica extrema o falta de coherencia ideológica, han llegado incluso a servir a la dictadura "como técnicos".

Esta situación hace que el discurso político y el proyecto de sociedad que se postula, al ser definidos en forma puramente técnica, pierden ese espíritu, ideal o sueño que subyace detrás de los grandes postulados políticos y que se refieren al mensaje último que se desea transmitir; que involucra una idea del hombre y de la sociedad, del Estado y las instituciones y de la historia misma, entre otros, en donde se reconocen los signos más vitales del ser político. Por decirlo de alguna manera, más o menos figurada, no puede ser que el discurso último de la D.C. para la sociedad Chilena hoy por hoy, sea el establecimiento de una "Economía Mixta". El ser político nuestro es mucho más rico y amplio, e

invólucra definiciones previas. Podremos llegar a ello, entre otras conclusiones más aterrizadas, pero habrá que dar muchos pasos previos que sean capaces de expresar nuestro sueño, nuestra utopía, nuestro "norte ideal".

Es esta reducción tecnocratizante de nuestro discurso político, tendiente al pragmatismo, seguramente provocada por las realidades tan complejas de nuestro tiempo, lo que nos hace pensar en nuestra "indigencia utópica". Este tecnocratismo y pragmatismo, de persistir como tales, podrán crear el espacio político para un "Partido Radical Moderno" (dicho con el mayor respeto hacia el radicalismo Chileno), pero no corresponde al signo característico de nuestro "Partido Demócrata Cristiano".

Nuestro partido, como lo hemos anticipado, es portador de ideas universales que trascienden nuestras fronteras y que anteceden a nuestro tiempo. Se inserta dentro de aquella corriente filosófica que se concentra en la persona humana y su dignidad, como ser constituido de materia y espíritu, titular de derechos inalienables, anteriores y superiores al Estado. Postula, en definitiva, la liberación de todo yugo social, político y económico que oprime al ser humano y lo aliene, impidiendo su realización. Debemos tratar de recuperar nuestra utopía y traducirla en un proyecto histórico adecuado a nuestro tiempo. Debemos tratar de filtrar nuestros valores a través de ideas e instituciones, estructuras sociales, políticas y económicas que sean canales de liberación para nuestro pueblo.

Alguien ha dicho que nuestro partido es uno de "abogados y economistas"; uno que, partiendo de los grandes valores en el campo del "deber ser", aterriza demasiado rápido en lo estrictamente "técnico". Debemos reivindicar todo un campo intermedio que procure expresar y explicitar dichos valores en un marco más amplio que lo meramente técnico. Una instancia que incluya una visión del mundo y de la historia y de los nuevos desafíos de los tiempos modernos que requieren definiciones políticas globales y previas: el problema nuclear y ecológico, la calidad de vida; los problemas de una estrategia de desarrollo industrial en una era post-industrial; América Latina y su inserción en los conflictos Este-Oeste y Norte-Sur; las grandes potencias, las corporaciones transnacionales y su impacto en el Tercer Mundo; la carrera armamentista y el subdesarrollo; las Fuerzas Armadas y el sistema democrático, etc.

Nada de esto nos es (o nos será) ajeno y parecieran muchos de estos puntos estar ausentes de nuestra agenda. De tal manera que nuestro "Estado de Situación" será sólo aparentemente favorable y positivo si descuidamos esta necesidad de nutrirnos de un discurso más sólido y de mayores proyecciones, que contenga los aspectos básicos de nuestra utopía, nuestro sueño, nuestro norte ideal y que haga frente a los grandes desafíos de nuestra época. Si en el corto plazo nos podemos sentir satisfechos de nuestra situación, en el mediano y largo plazos podemos estar cerca de nuestro desaparecimiento como partido si no reivindicamos nuestro ideal utópico, con un discurso adecuado para nuestro tiempo. Fué ello, por lo demás, lo que hizo de la Falange Nacional y de la D.C. durante los '60s una gran alternativa para Chile. Fué ello lo que caracterizó a toda una generación de personas lúcidas y progresistas, la "vieja guardia" de nuestro partido, de cuyo ejemplo aún tenemos mucho que aprender.

Es justamente de esta reflexión que surge nuestra segunda preocupación: la necesidad de renovarse. Lo que caracterizó a la D.C. en su mejor momento fué el hecho de haber sido un partido progresista. Un partido que desde sus orígenes se anticipó a su tiempo, habiendo llegado a ser la primera fuerza política nacional. Una generación que supo urgir a la Iglesia misma a renovarse y postular respuestas adecuadas para los tiempos presentes. Una Falanga cuyos militantes casi fueron excomulgados por la Iglesia por lo atrevido de sus ideas y su acción; líderes, generaciones y militantes que llevaron el sueño de la redención del proletariado, de la superación del capitalismo liberal y el comunismo, y del divorcio entre fé y política (bastante audaz en ese tiempo). En definitiva, un partido progresista.

Hoy, en cambio, pareciéramos estar más cerca de ser una "institución" que un "movimiento", renovado y renovador. Nos asustan las tendencias más progresistas al interior de la Iglesia y hasta se nos tiende a ubicar a la derecha de ésta misma. Hemos visto partir desde nuestro interior a casi una generación entera de líderes que han dejado un gran vacío en la juventud. No nos hemos dejado cuestionar radicalmente por la evolución en el pensamiento de la Iglesia en América Latina desde Medellín a Puebla y aún posterior. No debemos olvidar que la doctrina de la Iglesia nos ha alimentado, enriquecido y renovado permanentemente durante

nuestra historia partidaria. Hoy, por ejemplo, ¿cómo conjugamos un partido pluriclasiista y fundamentalmente de clase media con la "opción preferencial por los pobres"? ¿qué reflexiones políticas derivamos de esta opción para nuestro partido? ¿Cómo interpretamos la "Teología de la Liberación" desde nuestra perspectiva ideológica y qué reflexiones nos merece? En definitiva, creemos que hay una serie de elementos nuevos dentro de la doctrina de la Iglesia que merecen ser discernidos y madurados desde una perspectiva política.

De tal manera que resulta necesario renovar nuestro partido, el que mantendrá su vigencia en la medida en que recuere su carácter progresista; que sea renovado y renovador, abierto a los nuevos "signos de los tiempos" y que sepa llenar un espacio político que de lo contrario será ocupado por otras fuerzas políticas. Por ejemplo, por un partido de centro, de carácter laico, con un discurso popular, con técnicos que puedan ofrecer soluciones adecuadas para las clases medias y cuyo pragmatismo le permita negociar en mejores condiciones con otras fuerzas políticas.

III) Nuestra condición de "Centro" político y sus problemas

Más cerca de la izquierda que de la derecha, a nuestro partido se le ha tendido a identificar con el centro político Chileno. Pero, por sus características propias, ha sido un centro problemático y de relativa eficacia política. Habiendo ocupado en buena medida el espacio político que perdió el radicalismo, su carácter "ideológico" careció de las ventajas del carácter "orgánico" del radicalismo. Ello significó, entre otras cosas, que la capacidad negociadora y de compromiso de éste último, que le permitiera ejercer el poder por varios períodos, aunque con evidente desgaste, fuese sustituido por nosotros con un ideologismo alternativista y excluyente, que nos ensobreció a través de nuestra "vía propia". Los grandes triunfos de 1964 y 1965 nos hicieron pensar que nos bastábamos a nosotros mismos y que podíamos gobernar contra la izquierda y la derecha, ignorando a lo que quedaba de radicales en el centro. De tal manera que, durante nuestro gobierno, el alternativismo sectario y excluyente de un centro ideológico de "no compromiso" y "no negociación", nos deparó más reveses que logros, pese a lo positivo en el balance general del gobierno del Presidente Frei, el que aparece como de los más realizadores de la historia Chilena.

Con esto no queremos decir que nuestra actual tendencia hacia el "organicismo", de vuelta del "ideologismo", sea la respuesta a las deficiencias de nuestra "vía propia". Al querer reivindicar nuestra utopía queremos nada más que afirmar nuestra "identidad" política e histórica. Ello no obsta a que procuremos la flexibilidad necesaria para trascendernos a nosotros mismos y poder negociar con otras fuerzas políticas y sociales en busca de un acuerdo mayoritario. La reivindicación de nuestra utopía no es la vuelta al ideologismo sino la afirmación de nuestra identidad.

Aunque el programa que siguió la U.C. bajo la candidatura de Tomić pareciera haber estado dirigido en sentido correcto en cuanto a la superación de este alternativismo excluyente, mediante la incorporación de otras fuerzas políticas y sociales en torno a la tesis de la "Unidad Social del Pueblo", diversas circunstancias impidieron nuestro triunfo. Entre ellas, tal vez sea digno de destacar el hecho de lo que ya estaba consagrado como una práctica sectaria de retornos a conglomerados más amplios, lo que sumado a las tensas radicalizaciones

de los tres tercios en que las fuerzas políticas estaban divididas, impidió que dicha tesis prosperara.

No obstante, es necesario recordar que en esa oportunidad, e incluso cuando Allende ya había sido elegido, nuestro partido procuró por los medios a su alcance la constitución de un acuerdo mayoritario de fuerzas progresistas, que se vio frustrado principalmente por la intransigencia de los sectores más radicalizados de la U.P. Lejos de negar "la sal y el agua" al gobierno de Allende, nuestro partido apoyó lealmente al Presidente electo, comenzando por su ratificación en el Congreso luego del acuerdo sobre el pacto de garantías constitucionales.

Después de 1970, nuestra suerte como centro político no ha sido mucho mejor. La extrema radicalización política de estos trece años en torno a dos gobiernos que han estado tan distantes de nuestras posibilidades, no han permitido la constitución de un acuerdo mayoritario en favor de un proceso de profundización democrática. Guardando por cierto las distancias entre un gobierno constitucional de izquierda, como lo fue el del Presidente Allende, y una dictadura militar ultra-represiva, como lo es el del General Pinochet, en todo este período pareciéramos haber permanecido -como alguien lo ha dicho- como un centro "a-histórico". Esta extrema situación de dos regímenes radicalmente distintos, que han apuntado hacia la ultrazquierda y la ultra-derecha, respectivamente, han restado posibilidades y eficacia política a nuestro partido, el que ha quedado virtualmente desolazado durante este período, en cuanto alternativa real de poder.

Muchas de estas situaciones vividas y que brevemente hemos descrito, corresponden las más de las veces a lecciones ya aprendidas, que nos aportan experiencias enriquecedoras respecto de nuestra vida política futura. Si hemos querido insistir en estos puntos y profundizarlos brevemente, es porque creemos que han carecido de suficiente análisis político. Hemos querido referirnos sólo a algunos de los inconvenientes que nuestra posición de "centro" ha presentado durante nuestra historia presente. En particular, hemos reparado en dos aspectos: nuestro alternativismo excluyente durante la década de los '60s, y nuestro carácter relativamente "a-histórico" durante los '70s, cuyas situaciones políticas han escapado, en cierta manera, a nuestras posibilidades reales de una acción política eficaz. Detrás de ambos puntos subyace un elemento común: la necesidad de conformar un acuerdo mayoritario de

fuerzas políticas y sociales, que vaya más allá de la D.C. y que cuente, al mismo tiempo, con una conducción eficaz de nuestro partido, en la dirección de un proceso de profundización democrática. Como sugeriremos más adelante, debemos mirar fundamentalmente hacia la izquierda y de esta manera identificar nuestro proyecto político con una línea de centro-izquierda, superando nuestra situación de centro "a-histórico", que presenta los inconvenientes que hemos señalado.

El hecho probable de que aún seamos la primera fuerza política nacional en nada contradice este último punto, por cuanto:

a.- Sigue siendo una mayoría "relativa", incapaz por sí sola de constituirse en alternativa de poder, y,

b.- En el fondo estamos apuntando a un problema de identidad y eficacia política e histórica que está latente en nuestro partido y que por las particulares circunstancias que vive el país -y nuestro partido- aún no emerge en toda su dimensión. Creemos que el futuro nos dará la razón en cuanto a la necesidad -"aquí y ahora"- de realizar un análisis profundo de esta situación.

IV) Nuestro "Camino de Damasco" (+)

Nada fortalece tanto a las personas como reconocer sus errores y asumir sus debilidades. La historia de nuestro partido, junto a sus triunfos y realizaciones, cuenta también con errores y debilidades. Ningún error tan grave y ninguna debilidad tan inexcusable como el haber apoyado el golpe militar de las Fuerzas Armadas en Septiembre de 1973.

Los excesos y desaciertos del gobierno de la Unidad Popular, el clima de violencia y desintegración que vivió nuestra sociedad durante dicho período, y los escombros en los que quedaron la economía nacional y las instituciones fundamentales de nuestro país, nos hicieron creer que sólo una intervención de las Fuerzas Armadas salvaría el sistema democrático. Llegamos, al final, a dudar de la capacidad de la democracia para defenderse a sí misma, y un partido de una tradición democrática como muy pocos la puedan tener, llegó a vacilar y a confundirse, dando oficialmente su apoyo al golpe más brutal y sangriento que el sistema democrático Chileno ha experimentado a través de toda su historia.

Esconder este hecho, procurar justificarlo o eludir nuestra responsabilidad, es no estar a la altura de nuestros principios, y de una ética política que es cien veces más exigente con nosotros mismos que con los demás. Aunque inexcusable desde todo punto de vista, debemos asumirlo como tal. No sólo porque en el futuro no muy lejano se nos pedirá cuenta de ello legítimamente, aunque -¡quién puede arrojar la primera piedra en Chile!-, sino porque debe nacer de nosotros mismos este reconocimiento.

Aunque tal vez no sea este el momento más "oportuno" para plantear el tema, momento en que nuestro partido ejerce un papel destacado y heroico en contra de la dictadura y asume como en sus mejores tiempos su defensa en favor de la democracia, a diez años exactos del golpe militar es útil llevar el tema al debate interno.

Dada la distancia que ya guardamos con los hechos y con el fin de ser fieles a los mismos, tal vez sea útil recordar algunos antecedentes concretos:

(+) Expresión de Gmo. O'Donnell para describir a aquellos que, habiendo apoyado inicialmente una dictadura militar, se han desentendido de la misma, pasando a la oposición.

El 11 de Septiembre de 1973 las Fuerzas Armadas derrocan, mediante un golpe militar, al gobierno del Presidente Allende.

El 12 de Septiembre la directiva oficial del P.D.C. emite una declaración pública en que, haciendo responsable de la situación al gobierno de la U.P., confiando en que las Fuerzas Armadas "devolverán el poder al pueblo soberano", declarando haber "agotado sus esfuerzos por alcanzar una solución por la vía político-institucional", y "posponiendo como siempre sus intereses partidarios al bien superior de la patria", llama a una "cooperación patriótica" de todos los sectores a la tarea de reconstrucción nacional iniciada por la Junta de Gobierno.

El 13 de Septiembre del mismo año, un sector no oficial del P.D.C., con las firmas de Leighton, Fuentealba, Palma y otros, emite una declaración opuesta a la oficial del partido, condenando el golpe militar. Haciendo responsables de lo ocurrido al gobierno y a la oposición, señalando que los cauces institucionales de solución no estaban agotados, en cuanto "dentro de los cauces democráticos habríamos podido evitar en Chile la implantación de un régimen totalitario", y manifestando su intención de "proseguir la lucha por los principios de la D.C.", afirman que "condenamos categóricamente el derrocamiento del Presidente Constitucional de Chile, Sr. Salvador Allende".

El 29 de Septiembre el Consejo Nacional del P.D.C. fija su posición frente a la realidad nacional. Recuerda los fundamentos por los que se dió el golpe militar, señalando que "las Fuerzas Armadas no hicieron sino adelantarse" al riesgo de "un auto-golpe de fuerza" del Gobierno de Allende, lo que exolica "la sensación de alivio con que la mayoría del país acogió el pronunciamiento militar". Señala que la D.C. hizo todo lo posible para salvar el sistema, que las Fuerzas Armadas no buscaron el poder y que sólo actuaron "cuando creyeron su deber ineludible para salvar a Chile del riesgo inminente de una guerra civil o de una tiranía comunista".

Pese a advertir "tendencias conocidamente derechistas" dentro del gobierno, y junto con afirmar que "Chile vive bajo un régimen de dictadura", señala que "la situación del país tiende a normalizarse". Hace fé en el "patriotismo, honestidad y buena fé de los miembros de la Junta".

Señala que "la D.C. ha observado una actitud de comprensión frente al nuevo gobierno", autorizando a sus militantes para cooperar con éste, declarando que "res-

palda los propósitos de reconciliación nacional expresados por el gobierno, así como "los propósitos de sano nacionalismo y de repudio a la pecuosa politiquería expresados por la Junta", haciendo fé "en el honor de nuestras Fuerzas Armadas".

Asimismo, denuncia abusos del Estado de Emergencia, llama a respetar los derechos humanos, reclama su derecho a existir como partido y advierte sobre "algunos audaces de reconocidas tendencias anti-democráticas que pretenden capitalizar la acción de las Fuerzas Armadas".

No obstante, reivindicando su derecho a la crítica y dentro de ciertos criterios básicos expuestos, concluye en que "los demócrata-cristianos no rehuiremos al gobierno ninguna patriótica cooperación" en la esfera de su capacidad.

El 8 de Noviembre Frei escribe una extensa carta a Mariano Rumor, Presidente de la Unión Mundial Demócrata Cristiana, en la que se refiere a la situación nacional y del partido. Sostiene que la "responsabilidad íntegra" de lo ocurrido es de la U.P. Defiende el carácter democrático de la D.C. y la defiende de quienes la acusan de ser "golpista". Justifica documentada y acabadamente la oposición de la D.C. a la U.P. Señala que el partido "agotó los procedimientos" para llegar a un acuerdo con el gobierno de Allende. Denuncia la reacción "desproporcionada" en el exterior sobre lo ocurrido en Chile desde el 11 de Septiembre, calificándola de "campaña publicitaria", advirtiendo "cómo un inmenso aparataje de propaganda es capaz de presentar las mayores falsedades y convertirlas en realidad". Califica de "inverosímil" lo dicho en medios del exterior sobre lo ocurrido el 11 de Septiembre. Invita a que desde el exterior vengan a ver la realidad. Declara que la D.C. no es parte del gobierno, aunque incluso sectores en el interior del partido "se dejan influenciar por esta propaganda". Concluye señalando que las Fuerzas Armadas "no actuaron por ambición", y que "su fracaso ahora sería el fracaso del país", añadiendo que los Chilenos, en su inmensa mayoría, quieren ayudar en la tarea de reconstrucción.

El 21 de Noviembre de 1973, el Presidente del P.D.C. señaló en conferencia de prensa, que "lo acontecido no corresponde a lo que la D.C. ha querido y ha buscado", señalando que esto ha sido "fundamentalmente consecuencia del desastre económico y de la tendencia totalitaria" de la U.P. Recuerda que aunque hubiere habido "una posibilidad en diez mil de una solución democrática", la D.C. se habría

jugado por ella. Confía en que las Fuerzas Armadas, que se han anticipado a un "riesgo inminente de un autogolpe que estableciera en este país una tiranía comunista", devolverán el país a su tradición democrática. Señala que se está viviendo "bajo una realidad de hecho", que implica medidas de emergencia. Señala que "las acciones de fuerza que se han realizado por las Fuerzas Armadas han sido bastante exageradas, sobretodo en el extranjero". Añade que los "Chilenos debemos cooperar a que la Junta Militar de Gobierno cumpla la tarea de reconstrucción que se ha propuesto", aunque sostiene que "el P.D.C. no participa políticamente en este gobierno". Reconoce la cooperación de técnicos y profesionales en ciertas tareas de reconstrucción. Señala que el P.D.C. hace fé en las declaraciones y planteamientos de las Fuerzas Armadas y que, dadas las circunstancias que vive el país, "preferimos esperar un poco antes de dar un juicio definitivo". Ante numerosos hechos de violación de derechos humanos expuestos por los periodistas, responde que "no hay todavía antecedentes de juicio para resolver si este va a ser un gobierno de tipo gorilista o no va a ser un gobierno gorilista".

El 23 de Noviembre, el Presidente en ejercicio del P.D.C., don Osvaldo Olguín, en carta dirigida a El Mercurio, señala aceptar la "tregua política" impuesta por las circunstancias, señalando que "durante un tiempo deseamos reposo". Añade, no obstante, que "deseo éxito a este Gobierno Militar, para bien de Chile y los Chilenos, por eso es preciso que los militantes demócratacristianos que se desempeñan en la administración pública sean funcionarios ejemplares, cumplan sus obligaciones y tareas como el mejor, sin hacer política en sus lugares de trabajo".

El 18 de Enero de 1974, el Presidente y Vice-Presidente del P.D.C. dirigen una carta al General Pinochet, denunciando una campaña de difamación de que es objeto la D.C.. Esta misiva se dirige "con el propósito de cooperar constructivamente al mejor éxito de la difícil tarea de reconstrucción nacional en que con patriotismo y honestidad está empeñada la H. Junta de Gobierno". Analiza también situaciones de discriminaciones injustas, violaciones a los derechos humanos, deterioro de la situación de los trabajadores e inconveniencia del receso partidario. Esta carta, que contiene una apreciación crítica de diversas situaciones que se señalan, se envía "impulsados únicamente por lo que creemos un deber patriótico de leal cooperación".

Desgraciadamente, toda esta situación señalada en los documentos que hemos citado, con citas pertinentes y sin añadir comentarios, fueron durante algún tiempo acompañadas por los hechos: personeros del partido que iban a explicar la situación nacional y el golpe militar a Europa, militantes y personeros de mayor nivel que ingresaban en la administración pública y el servicio exterior para desempeñarse en cargos de cierta relevancia, dirigentes sindicales del partido que concurrían en defensa del gobierno a reuniones de la O.I.T., etc.

Todo esto, a nivel oficial del partido. Muchos demócratacristianos, al más alto nivel se opusieron desde el mismo momento del golpe al pronunciamiento militar señalando, entre otros argumentos: que el gobierno de Allende no era una tiranía así es que no cabía el derecho de rebelión; que las instancias institucionales y democráticas no estaban agotadas; que el Presidente del P.D.C. había señalado con anterioridad al golpe que "la D.C. estaba y estaría en contra del golpe venga de donde venga"; que un partido democrático tenía que creer hasta el final en la capacidad de la democracia para defenderse a sí misma y que por principio un partido como la D.C. debía oponerse a un golpe militar por transitorio que pareciera ser, etc.

Nuestro partido encontró su retorno del "Camino de Damasco" entre Enero y Julio de 1974 a raíz de diversas circunstancias que demostraban la verdadera naturaleza del régimen militar: se dejó de imprimir el diario "La Prensa", se clausuró la Radio Balmaceda, tuvo lugar un violento intercambio de cartas entre el Presidente del partido y el General Bonilla, en que éste último insistía en el receso político, las violaciones de derechos humanos estaban a la vista, el giro hacia la derecha del régimen era obvio y la presencia D.C. en la conducción del país era nula, etc.

De allí en adelante la conducta del partido ha sido invariablemente de oposición a la dictadura, jugándose por el retorno a la democracia, habiendo sus militantes y dirigentes dado suficiente testimonio de su compromiso con esta última. No es este tampoco el momento de sacar conclusiones definitivas de la situación descrita. A medida que el tiempo avanza se hace más clara la necesidad de "asumir" dicha situación, reconociendo en ella una "lección aprendida" que nos lleva a confirmar nuestro compromiso de siempre con el sistema democrático.

V) La Juventud Demócrata Cristiana

Para muchos jóvenes, uno de los capítulos más lamentables de nuestra historia reciente está escrito en nuestra propia juventud demócrata cristiana. No es este el momento, ni es nuestra intención, el referirnos directamente a alguien en particular o hacer recaer responsabilidades en personas o grupos. Creemos que las causas son más profundas y que nos atañen a todos. Una vez más, ¡quién puede lanzar la primera piedra!

No obstante, ha sido tan escasa la presencia (¿o ausencia?) de nuestra estructura política juvenil en el acontecer político nacional bajo la dictadura, que es necesario referir algunas reflexiones al tema. Por otro lado, hay un problema ético -de ética democrática- de por medio, que es más serio aún. Los vicios, manejos dudosos y luchas intestinas absolutamente estériles por colmar alguna cuota de poder, en las que nos hemos visto envueltos, a ratos nos hace preguntarnos si ciertas situaciones que hemos reprochado a la dictadura -por ser arbitrarias, estar reñidas con la ética o presentar rasgos totalitarios- acaso no las encontramos también dentro de nuestra propia juventud. Si en el país hemos abogado por la democracia, no hemos acompañado en todo momento dicha demanda con un testimonio o ejemplo de estilo democrático interno, el interior de la J.D.C.

Por cierto que la situación que describimos en nada debe ensombrecer el valioso testimonio que tantos jóvenes D.C., de una y otra tendencia al interior de la juventud, han dado -individual o colectivamente- durante el período de la dictadura.

Tal vez las raíces de esta situación hayamos de encontrarlas alrededor de 1970. La renuncia al partido de centenares y miles de dirigentes y militantes en 1969, para formar el MAPU, y en 1971, para formar la Izquierda Cristiana, dejan un gran vacío en el partido, y especialmente en la juventud. Una o dos generaciones casi completas, especialmente de líderes, abandonan el partido. Cualquiera sean nuestras diferencias con quienes nos dejaron -más agudas en ese entonces que ahora- hemos de reconocer que quedó un gran vacío. Muchos de esos líderes hoy tienen vigencia y militan en otros partidos. No obstante, el sísmo que provocó en nuestra colectividad su salida aún se hace sentir.

Las próximas generaciones de líderes juveniles D.C. se formarán en un ambiente distinto. La mayoría de ellos se formó durante el período de la U.P., que no fue de lo más estimulante en muchos sentidos. El inmediatismo de la acción política, que exigía de una gran improvisación y que nos hacía perder la perspectiva global, sumiéndonos en una vorágine de activismo político a la "altura" de las circunstancias, fue el escenario en que decenas de jóvenes líderes de nuestro partido se formaron, desde muy temprana edad. El afán obsesivo por colmar cada espacio político, que requería de un "manejo" y "astucia" propios de la política, las rivalidades enfermizas entre las distintas fuerzas políticas y sociales, cuyos postulados muchas veces se desdibujaban artificialmente, el envidioso ambiente nacional que confundía y ennegrecía, etc., no era para ninguna fuerza política el más estimulante contexto para la emergencia de las nuevas generaciones de líderes. Tampoco lo fue para la D.C.

Esta situación, agravada por el golpe militar que procura erradicar la actividad política, marcó a nuestras generaciones más jóvenes, especialmente de líderes. Afectó especialmente las posibilidades de creación intelectual, prácticamente inexistente durante todo este período en la forma de publicaciones e ideas renovadas. Los escasos líderes jóvenes de largo aliento que han emergido entre nosotros, la casi inexistencia de análisis y debate político a nivel interno, la incapacidad de hacer frente a un debate con otras fuerzas políticas y sociales y de lograr acuerdos mayoritarios, etc., son algunos de los síntomas de la situación descrita.

Después del golpe militar reviste especial gravedad la perpetuación en la dirección de la estructura juvenil de un sector de la juventud. El estilo impuesto por esta dirección pareciera corresponder más bien a la visión Machiavélica de la política; aquella según la cual la política consiste en cómo conquistar el poder y cómo mantenerlo, únicamente, olvidando que dentro de un sistema democrático es igualmente importante dejarlo a tiempo, dentro de las sanas y tradicionales normas de alternancia en el poder. No sólo no ha sabido dicho sector "dejar" el poder sino tampoco "compartirlo", lo que se hace especialmente necesario cuando el rigor de una dictadura exige la búsqueda de consensos en las organizaciones de oposición -como el partido mismo lo ha enten-

dido- a fin de evitar la escisión partidaria. De tal manera que esta dirección se ha aferrado al control de la estructura partidaria juvenil, con exclusión de sectores igualmente legítimos, que han sido sistemática y deliberadamente marginados.

Este tipo de prácticas, reñidas con la ética democrática, ha significado que cientos y miles de militantes y líderes jóvenes se hayan marginado de la juventud, y en muchos casos del partido mismo, por no estar dispuestos a agotarse estérilmente en luchas intestinas, mientras el enemigo ha estado ciertamente en otro lado. Afortunadamente, y en general por otros conductos -fundamentalmente ligados a la Iglesia y otras instituciones- muchos líderes jóvenes siguen emergiendo a pesar de la estructura partidaria juvenil, identificados con el ideario demócrata cristiano.

El enorme potencial de profesionales y técnicos, obreros y campesinos, estudiantes y pobladores, hombres y mujeres jóvenes que se identifican con los postulados de la D.C., exigen de un cambio radical en la estructura política juvenil, que deje de ser el patrimonio de cierto sector de la juventud y que sepa canalizar toda esa capacidad latente que existe en tantos jóvenes virtualmente marginados de la juventud, y que esperan un cambio por el que valga la pena sumarse a la tarea colectiva en forma organizada.

VI) La transición a la democracia y la D.C.

Nuestra hipótesis fundamental en cuanto a la transición a la democracia en Chile, basados tanto en la realidad de nuestro país como en la de otros procesos similares de democratización post-autoritaria, es que al período dictatorial y hasta el momento de la consolidación democrática, se sucederán dos etapas más o menos definidas:

a.- Centro-Derecha.- Lo más probable es que no sea un ultra-izquierdismo revolucionario el que suceda directamente a la dictadura militar en la etapa de transición a la democracia, como en los casos de Portugal en 1974 o de Nicaragua en 1979. Parece como más probable una etapa de predominio de centro-derecha, como con Adolfo Suárez en España o Karamanlis en Grecia, con unas Fuerzas Armadas que ejerzan algún tipo de fiscalización, una derecha que ejerza el liderazgo político, un centro que apoye dicho proceso en la medida en que efectivamente conduzca a la democracia, y una izquierda que no se compromete directamente pero que lo acepta como necesario, sin jugar un rol activo.

Estimamos que la derecha se va a jugar durante esta etapa para mantener la característica básica de centro-derecha más allá de la transición y hacia el período de consolidación democrática, evitando una radicalización del proceso hacia la izquierda. No obstante, esto requeriría del concurso de fuerzas significativas del centro político que vieran en esta etapa no sólo un "tránsito hacia" sino cierta posibilidad de comenzar a implementar su proyecto político mismo, ubicándose más cerca de la derecha que de la izquierda. Concretamente, esto parece haber sido la situación de buena parte de la U.C.D. en España que, no hay que olvidarlo, llegó al poco tiempo a prácticamente desaparecer del mapa político, luego de un estruendoso triunfo inicial.

Previo a la radicalización que ha vivido nuestro país en el último tiempo y a la presidencia de Gabriel Valdés, cierto acercamiento entre la derecha y la D.C. para la posibilidad de una "salida" parecía probable, y se insinuaba por algunos como una posibilidad. No obstante, dada la intensidad de la radicalización que las fuerzas opositoras han experimentado en el último tiempo y que ha llevado en especial a la D.C. hacia una postura decididamente oco-

sitora al gobierno, dentro de una alianza por primera vez con gran parte de la izquierda, hacen improbable de que el partido, o algún sector al interior del mismo (como algunos lo quisieran), pueda inclinarse hacia algún esquema de centro-derecha.

Sin embargo, hay que tener presente que cierta derecha querrá insistir en algún tipo de entendimiento político con la D.C. (o con sectores al interior del partido) que vaya más allá de la transición misma. La obsesión de la derecha en este momento es conquistar el centro. Esto supondría pretender la división del partido, pero dadas las características de la situación actual y la postura cada vez más decidida de la D.C. en contra de la dictadura y en favor de un entendimiento con fuerzas de izquierda que vaya incluso más allá de la transición, hacen altamente improbable que la estrategia derechista prospere.

b.- Centro-Izquierda.— Lo más probable es que durante el período de transición el conjunto de demandas acumuladas y postergadas de los diversos sectores económicos y sociales (incluso dentro de un esquema de "Pacto Social"), vayan presionando al sistema político y a las propias fuerzas políticas en una dirección más radical. El mayor espacio político que la transición va generando, los límites que la fiscalización militar va teniendo en la medida en que el pueblo recupera su control del poder, el deterioro cada vez mayor de una derecha que es identificada como cómplice de la dictadura, y la necesidad de las fuerzas políticas de responder a esta presión social, hacen que lo más probable durante una transición avanzada y hacia la plena consolidación democrática, sea un esquema de centro-izquierda, en que las fuerzas políticas de izquierda vean ya comprometida su participación en el proceso político como actor fundamental.

Así, por lo demás, también nos lo enseñan los procesos de transición desde el autoritarismo a la democracia en Europa del Sur. No es casualidad que, hoy por hoy, ya en pleno proceso de consolidación democrática, sean Felipe González en España, Mario Soares en Portugal y Andreas Papandreu en Grecia —todos ellos socialistas— quienes encabezan los gobiernos de dichos países. La U.C.D. ha quedado virtualmente desplazada, los Suárez y Karamanlis ya no parecen ser una alternativa real, y es más bien un "socialismo democrático" el que ha sabido capitalizar las

inquietudes oculares.

No obstante, es necesario recordar que la situación de la Democracia Cristiana Chilena difiere en muchos sentidos de la realidad de Europa del Sur. De hecho en Grecia y Portugal el centro político es prácticamente inexistente, y en el caso de España la U.C.D. representó una alianza de partidos centristas para hacer frente más bien a la transición, procurando consolidar la democracia, careciendo realmente de un proyecto político de mayor alcance. Laraigambre histórica, la existencia de un proyecto político propio y su fuerza social y política, hacen que la D.C. en Chile entre en mucho mejor pié tanto en la etapa de transición como de consolidación democrática.

Todo indica, a nuestro entender, que nuestro partido desde ya debe comprometer su participación dentro de un esquema de centro-izquierda. Estimamos que para la D.C. la alternativa es más o menos la siguiente dentro del esquema político futuro: o identifica de alguna manera su proyecto político con un esquema de centro-derecha más allá de la transición misma (al estilo U.C.D. en España), provocando en el corto plazo su división como partido y en el mediano plazo su virtual desaparición como fuerza política importante, o bien tiene la flexibilidad y lucidez suficientes para, sin perjuicio de participar en forma más o menos activa -según las circunstancias lo aconsejen- dentro de una primera etapa de transición de predominio de centro-derecha, comprometer en definitiva su proyecto político con un esquema de centro-izquierda.

Además de lo señalado anteriormente, dos argumentos adicionales deberían respaldar esta alternativa:

a.- Si hay una lección aprendida durante los últimos 20 años es que la "vía propia" está agotada y que sería suicida intentar nuevamente un alternativismo de "centro". Ello tiene al menos una consecuencia: que hay que buscar socios para la constitución de un bloque político y social mayoritario más allá de la propia D.C. y que para ello, o miramos hacia la derecha y nos comprometemos dentro de un esquema de centro-derecha, con las consecuencias previsibles que ya hemos señalado, o miramos hacia la izquierda y nos comprometemos con un esquema de centro-izquierda, con las ventajas anotadas anteriormente.

Sería ocioso referirnos a cómo la derecha (salvo notables excepciones

personales), al menos desde 1965 en adelante con la creación del Partido Nacional, ha desarrollado una línea profundamente anti-democrática bajo los gobiernos de Frei, Allende y Pinochet. Aunque dentro de la izquierda y fundamentalmente dentro del Partido Socialista a partir de 1967 también pueden distinguirse posturas profundamente anti-democráticas, la notable evolución reciente hacia lo que se perfila como auténtico socialismo democrático, y en consideración al carácter progresista de nuestras fuerzas, que se definen en favor de las transformaciones fundamentales que nuestras instituciones y estructuras políticas, sociales y económicas requieren, dentro de un proceso de profundización democrática, hacen que sea dentro de la izquierda más que dentro de la derecha en donde debemos buscar nuestros socios hacia el período de consolidación democrática, y,

b.- Es justamente este último aspecto el que quisiéramos explicitar aún más en favor de nuestra postura. Sin querer idealizar a una izquierda que contribuyó gravemente a afectar al sistema democrático Chileno con una postura extrema y sectaria, que se jactaba del carácter "formal" y "burgués" de nuestra democracia, queremos reconocer en su reciente evolución un fenómeno más global, que acerca nuestras posiciones con auspiciosas posibilidades de un entendimiento más permanente, sin comprometer la identidad de cada cual. Nos referimos a ese fenómeno que desde Gramsci y el Euro-Comunismo en adelante asume una posición crítica respecto de los "socialismos reales" y reivindica la democracia como un valor en sí. No es del caso analizar aquí con mayor profundidad esta evolución, pero ella abre insospechadas posibilidades para un entendimiento más global. Si la izquierda Latinoamericana durante la década de los '60s se decía "hija de Cuba y Vietnam", buena parte de esta izquierda es hoy "hija de Polonia y Afganistán". Esta sola evolución, traducida a la práctica, crea las posibilidades para la constitución de un acuerdo político y social mayoritario en Chile, que aglutine a las fuerzas progresistas y democráticas y que dé solidez y estabilidad al sistema democrático Chileno.

Si queremos renunciar en los hechos a la "vía propia" y a ser un partido de "centro" que es superado por la historia; si queremos renovar nuestro compromiso con las transformaciones fundamentales que un proceso de profundización democrática requiere; si queremos seguir siendo una alternativa política eficaz

para Chile manteniendo nuestra vigencia; si queremos reafirmar nuestra identidad política e histórica como partido progresista: asumamos una posición más crítica frente a nuestro "Estado de Situación" aparentemente favorable, enfrentando aquellos aspectos que tendemos a ignorar o postergar y que pueden comprometer nuestra identidad y vigencia; reivindicemos nuestro derecho a soñar una utopía que trascienda el tecnocratismo y el pragmatismo y que nos proyecte más allá de la coyuntura; renovemos nuestro partido y en especial su estructura política juvenil en torno a un estilo político esencialmente democrático y renunciemos en los hechos a cierto alternativismo centrista excluyente, procurando un acuerdo mayoritario de fuerzas progresistas tendiente a la profundización democrática, que pueda ofrecer a Chile soluciones reales y profundas a sus problemas fundamentales.



Ignacio Walker P.

11 de Septiembre de 1983